JORGE IBARGÜENGOITIA. A CINCO LUSTROS DE SU FALLECIMIENTO

*Jaime Castañeda Iturbide**

RESUMEN: A veinticinco años de la muerte de este excelente escritor mexicano, y a partir del homenaje que se llevó a cabo con este motivo durante el Festival Internacional Cervantino, en octubre de 2008, se escribe esta memoria sobre la personalidad y la obra del guanajuatense, en las que destaca, como rasgo característico, su extraordinario sentido del humor.

ABSTRACT: On occasion of the 25th anniversary of this superb Mexican writer and its celebration during the Festival Internacional Cervantino, in October 2008, we prepared this article to remember the personality and work, of this Guanajuato-born artist, most noticeably, his extraordinary sense of humor.

PALABRAS CLAVE: Ibargüengoitia, periodismo, novela, cuento, humor.

KEYWORDS: Ibargüengoitia, journalism, novel, story, humor.

RECEPCIÓN: 2 de diciembre de 2008.

APROBACIÓN: 3 de marzo de 2009.

* Universidad Marista.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

JORGE IBARGÜENGOITIA. A CINCO LUSTROS DE SU FALLECIMIENTO

En el magnífico espacio del último Festival Internacional Cervantino, se rindió un homenaje a Jorge Ibargüengoitia, en el que “conmemoramos con tristeza el primer cuarto de siglo de su ausencia y celebramos el que hubiera sido su ochenta cumpleaños”, según palabras de Jorge F. Hernández, uno de los participantes.

Dicho homenaje –organizado por Jorge Volpi– consistió en un coloquio sobre la vida y obra de Ibargüengoitia, celebrado en el Teatro Juárez de Guanajuato, el mismo escenario en el que en 1951 nació su vocación literaria, de acuerdo con lo expresado por el propio escritor.

Todo empezó porque estando trabajando en el rancho un motor diesel se descompuso, lo que me obligó a viajar a la ciudad de Guanajuato para repararlo. Al llegar a la casa de mi madre me encontré a un señor que estaba de visita que yo no conocía; se encontraba en la ciudad para presentar una obra de teatro de la cual era director. Se trataba de la obra *Rosalba y los llaveros* de Emilio Carballido. El señor que estaba de visita era Salvador Novo, quien me invitó al estreno, esa misma noche en el Teatro Juárez.

No sé si la representación fue excelente o si mi condición anímica era extraordinariamente receptiva. El caso es que ahora sé, y confieso con un poco de vergüenza, que ninguna representación teatral me ha afecta-

JAIME CASTAÑEDA ITURBIDE

do tanto como aquella. Es posible que si el motor diesel no se hubiera descompuesto otra vez el lunes siguiente, yo hubiera tenido tiempo de regar el trigo, hubiera seguido en el rancho y ahora sería agricultor y, ¿por qué no?, millonario. Pero el motor diesel se descompuso el lunes, yo dije: ¡basta de rancho!, y en ese instante dejé de ser agricultor. Tres meses después me inscribí en la Facultad de Filosofía y Letras.¹

Hace no mucho tiempo tuve el honor de participar en la presentación del libro *Dos artistas de pantalón corto, Ibargüengoitia y Felguérez Scouts*, del escritor Arturo Reyes Fragoso. Asistieron al evento, el propio maestro Felguérez, la viuda de Ibargüengoitia —la pintora Joy Laville— y muchos exdirigentes de diversos grupos *scouts*. En dicho libro se comentan episodios y anécdotas de la infancia y juventud del escritor guanajuatense y del pintor zacatecano, durante su permanencia en la Asociación de Scouts de México, entre los años 1940 y 1949.

Las siguientes líneas pretenden también rendir un pequeño homenaje a Jorge Ibargüengoitia al cumplirse estos cinco lustros de su fallecimiento, retomando el curioso paralelismo en la vida juvenil de ambos artistas, tema del citado libro.

Jorge Ibargüengoitia nació en 1928 en Guanajuato, pero emigró con su familia a la ciudad de México tras la muerte de su padre, apenas cumplidos tres años. Manuel Felguérez nació en Zacatecas el mismo año y muy pequeño también quedó huérfano de padre, por lo que su madre decidió establecerse en la capital.

Durante las décadas de los 30 y de los 40, Ibargüengoitia vivía con su mamá y con su tía Ema, en el segundo piso de una casa porfiriana ubicada en Avenida Chapultepec; Felguérez vivía justo en la calle de atrás, en Marsella, como a tres cuerdas. Ambos coincidieron en la primaria y secundaria del Colegio México de la calle de Mérida, en la colonia Roma. Más tarde estudiaron la preparatoria en el Colegio Francés Morelos, hoy Centro Universitario México, escuelas de hermanos maristas.

¹ Jorge Ibargüengoitia. “La vida en México en tiempos de Novo”, *Excélsior*, 18 de febrero, 1974.

Cuando cursaban la primaria ambos ingresaron al grupo de *scouts* del colegio, primero Felguérez y dos años después Ibargüengoitia. El guanajuatense era de la patrulla jaguares, Felguérez de los zorros, los dos eran guías de sus respectivas patrullas (jefes de un grupo de siete niños). Su primera relación fue de competencia entre patrullas, después personal, pero al poco tiempo se hicieron grandes amigos.

Manuel Felguérez llegó a ser uno de los miembros más destacados del movimiento *scout*, desde muy joven ostentaba en su camisola una gran cantidad de insignias por sus triunfos en diversas competencias, según se puede apreciar en algunas fotografías de la época; su nombre era *Rey Zorro*. Por su parte, Ibargüengoitia, menos disciplinado y habilidoso, adoptó el nombre de *Tecolote de Guadaña*. Sin embargo, en la revista *Escultismo*, donde solía publicar algunas crónicas, firmaba con otros seudónimos, como por ejemplo *El jaguar de los ojos tristes* y *la cola alegre*, sobrenombre éste más acorde con su personalidad.

El propio Ibargüengoitia dejó escritas muchas remembranzas de su época de *scout*, como las que transcribimos a continuación:

Hace mucho tiempo, me vestía de *boy-scout* para ir de excursión y de niño decente para ir a la escuela. Cuando me vestía de *boy-scout*, la gente se me quedaba mirando como un animal raro, algunos me hacían bromas, y otros, ofendidos, creyendo que estaba yo faltando a la moral, me insultaban. Cuando me vestía de niño decente, en cambio, era invisible. En esa época no me daba yo cuenta de que en la actitud de los que me rodeaban había una contradicción tremenda. Después de todo, yo era el mismo, lo único que había cambiado era mi ropa. Pero lo más notable, es que yo mismo me dejaba llevar por mi apariencia. Vestido de *boy-scout*, ayudaba a ciegos a cruzar calles, cosa que nunca se me hubiera ocurrido hacer vestido de niño decente.²

[...]

Íbamos caminando por un camino muy largo, entre Jalatlaco y Santa Marta, en busca de las torres de la luz eléctrica. Teníamos la costumbre entonces, en vez de cargar comida, de meternos en las casas de los rancheiros a pedirles que nos vendieran comida. Habíamos recorrido una región

² Jorge Ibargüengoitia, “Confesiones de un *boy-scout*”, *Excelsior*, 5 de julio, 1972.

en donde en vez de frijoles comen habas. Cuando llegamos a Santa Marta, la cosa cambió. Allí comimos unas quesadillas de hongos amarillos –yema–, y allí también –en cada casa había un tinacal– me tomé el primer litro y medio de pulque de mi vida. Me pareció sensacional. Era delicioso, refrescante, tonificante, estimulante... Después de la parada en Santa Marta avanzamos a una velocidad increíble. Las molestias normales de una caminata de varios días – dolor de pies y de hombros– desaparecieron, y además nos invadió un bienestar completamente injustificado, porque el cielo estaba tronando y al rato nos cayó un aguacerazo.

Desde ese día, cada vez que paso por una casa donde hay tinacal, me meto a comprar pulque.³

Las vidas paralelas de Ibargüengoitia y Felguérez continuaron hasta la preparatoria; durante esta etapa hay numerosas anécdotas que el propio escritor guanajuatense narró con su singular sarcasmo e ironía. Al concluir sus estudios en la preparatoria del Francés Morelos –que por esos años también cursaba ahí Carlos Fuentes– todavía hay varios episodios que vivieron juntos, como su viaje a Francia al *Jamboree* en 1947, que reunió a todos los grupos *scouts* del mundo, el cual realizaron en barco, vía Nueva York, y que fue causa de su expulsión del movimiento *Scout*. Esta expedición se extendió a Italia, Suiza e Inglaterra.

Dicho viaje, sus preparativos y consecuencias, en versión ibargüengoitiana, aparecen en el relato titulado “Falta de espíritu scout”, que forma parte del libro de cuentos *La ley de Herodes*, publicado en 1967 y del que transcribimos algunos párrafos:

En un principio se decidió que la Delegación que iba a representar a México en el Jamboree, debería estar formada por la flor y nata de los scouts, es decir, por los cincuenta mejores scouts de México. Pero había un problema. Como los scouts eran en esa época una organización muy independiente y bastante miserable, cada cual tendría que pagar sus gastos. En consecuencia, el “contingente” iba a estar formado, no por los cincuenta mejores, sino por los cincuenta mejores, de entre los más ricos. Urgía pues, saber cifras, ¿cuánto iba a costar el viaje...?

³ Jorge Ibargüengoitia, *Excelsior*, 19 de noviembre, 1973.

No sé quién hizo los primeros cálculos, ni en qué se basó para hacerlos, pero corrió la voz de que el viaje a Europa, de tres meses, incluyendo estancia en el campamento, estancia en París, visita de los castillos de Loire, viaje a Italia, Bendición Papal, etc., iba a costar ¡mil quinientos pesos! Por supuesto que se inscribieron muchísimos. Entre ellos, Felguérez y yo...

Dos o tres semanas después, el encargado de la delegación mexicana nos dio la noticia de que el viaje tenía que hacerse en avión, pues no había barcos disponibles en Nueva York. Así, el costo del viaje pasó, de mil quinientos a tres mil, de tres mil a cinco mil y de allí a seis mil pesos. Simultáneamente, el número de asistentes pasó, de cincuenta a veintitrés y de allí a doce, y eso contando a dos que se orinaban en la cama...

Manuel Felguérez, que como yo no tenía ese dinero, decidió hacer otra Delegación Mexicana al Jamboree, formada por él y yo. —Podemos irnos en un barco de carga— me dijo, un día que estábamos tomando el sol en la YMCA. En ese momento se me ocurrió una idea que ahora parece muy sencilla, pero que a nadie se le había ocurrido: ir a *Wagon-Lits Cook*...

Así fue como Felguérez y yo descubrimos en la Avenida Juárez que había un barco gringo destinado a llevar turistas a Europa y a traer inmigrantes a los Estados Unidos. Iba de Nueva York a Southampton y el Havre y el pasaje costaba quinientos cincuenta pesos mexicanos. Con un par de telegramas conseguimos pasajes en el *S.S. Marine Falcon*, que salía de Nueva York el primero de agosto. El Jamboree comenzaba el día seis...

Felguérez llamó por el teléfono a varios de los que querían ir al Jamboree y no tenían seis mil pesos, y les dijo que habíamos encontrado medios de transporte que permitían reducir el precio del viaje a la mitad. Se armó un jaleo. El Consejo Nacional tuvo una junta de emergencia, en la que acusaron a los coordinadores del viaje de incompetencia y estulticia...

Días después, salimos rumbo a Nueva York en Transportes del Norte... Nunca hubiéramos imaginado, que mientras nosotros viajábamos estábamos siendo juzgados, en ausencia, por un tribunal scout, sin ningún defensor. La acusación fue “falta de espíritu scout”. Fuimos declarados culpables y expulsados del Grupo III y por consiguiente, de la Asociación de Scouts de México.⁴

⁴ Jorge Ibargüengoitia, “Falta de espíritu scout”, en *La ley de Herodes*, Joaquín Mortiz, México, 1969.

JAIME CASTAÑEDA ITURBIDE

El cuento continúa relatando diversos episodios de su estancia en Europa y de su accidentado regreso a la ciudad de México, varios meses después.

Al regreso de Europa, Felguérez inicia estudios de medicina en la Universidad y continúa asistiendo, ya regularmente, a la Academia de San Carlos. Ibargüengoitia por su parte, había ingresado antes del viaje a Europa a la Escuela de Ingeniería en la UNAM.

Por esa época, 1948, Ibargüengoitia secunda la idea de Felguérez de fundar un grupo *scout* ajeno a la Asociación de Scouts de México, convirtiéndose así en sus propios dirigentes. Las reuniones del grupo se hacían en una casona porfiriana de la calle de Berlín, en la colonia Juárez, propiedad de la abuela del pintor zacatecano.

Era un grupo pequeño, integrado por ocho o nueve *boy-scouts*, divididos en dos patrullas: lechuzas y zorros, entre los que se encontraban el hoy escritor y fotógrafo Rodrigo Moya y los tres hermanos García Ponce: Juan, el escritor; Fernando, el escultor y Carlos, que fue el menos constante del grupo. Los García Ponce tenían poco tiempo de haber dejado Mérida, su tierra natal, para instalarse en la ciudad de México.

La pareja de amigos –Ibargüengoitia y Felguérez– volcaron su vasta experiencia y conocimientos escultistas para dirigir y adiestrar a sus nuevos subordinados, en lo que a la distancia puede interpretarse como una dulce venganza hacia los dirigentes de la Asociación de Scouts de México, que los habían expulsado al regresar del *Jamboree* de Francia.

Una de las últimas coincidencias en la vida de ambos artistas se presenta en 1949; Ibargüengoitia abandona sus estudios de ingeniería para administrar un rancho que la familia tenía en San Roque, Guanajuato. Felguérez también abandona los estudios de medicina y de pintura para dedicarse a la arqueología, se asocia con un compañero de clase, Jorge Wilmot, en la búsqueda y comercialización de piezas prehispánicas.

Tres años permaneció Ibargüengoitia en el rancho de San Roque, en Guanajuato, hasta que surge el episodio del Teatro Juárez ocurrido en 1951, relatado líneas atrás, en que decide dejar la agronomía y estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras.

Al pasar de los años, los otrora niños exploradores conservaron esa amistad que los unió durante su infancia y juventud, pero cada quien descubrió su camino; ambos lograron sobresalir y encontraron la fama en sus respectivas actividades artísticas. Felguérez como pintor y escultor, Ibargüengoitia como escritor. Hoy, sin duda, son dos distinguidos representantes de la cultura nacional.

Manuel Felguérez prosigue su labor creativa, misma que le ha redituado innumerables exposiciones, premios, homenajes y, desde 1998, un museo con su nombre en la capital de su estado natal. Actualmente su vida la divide entre la ciudad de México y una casa-estudio con vista al mar en Puerto Vallarta.

En el taller de trabajo, instalado al fondo de su residencia capitalina, junto con sus pinceles y herramientas para esculpir, tiene un mueble en el que guarda algunas de sus insignias y condecoraciones *scouts*, y una fotografía donde aparecen, frente a una tienda de campaña, *Rey Zorro* y *Tecolote de Guadña*, fechada en 1942.

Por su parte, Jorge Ibargüengoitia fue becario del Centro Mexicano de Escritores, de las fundaciones Rockefeller, Fairfield y Guggenheim, obtuvo el premio en el Concurso de Teatro Casa de las Américas de Cuba en 1963, el premio de Novela Casa de las Américas en 1964 y el premio Internacional de Novela México en 1975, por *El atentado*, *Los relámpagos de agosto* y *Estas ruinas que ves*, respectivamente.

El guanajuatense cultivó prácticamente todos los géneros literarios: más de seiscientos artículos periodísticos, quince obras de teatro conocidas, seis novelas y un libro de cuentos. Los últimos años de su vida radicó en París con su esposa, la pintora inglesa Joy Laville, hasta el 27 de noviembre de 1983, cuando perdió la vida en un trágico accidente en el aeropuerto de Barajas, en aquel frustrado viaje a Colombia, invitado por Gabriel García Márquez, para participar en el Primer Encuentro de Cultura Hispanoamericana.

Las cenizas del escritor yacen en el interior de una bala de cañón, como las que describe en su primera novela *Los relámpagos de agosto*, depositada en una columna forrada de mosaico de talavera, en el parque “General Florencio Antillón”, frente al palacio de gobierno de su ciudad

JAIME CASTAÑEDA ITURBIDE

natal. Sin embargo, como el Cid Campeador, el guanajuatense continúa ganando batallas después de muerto.

A veinticinco años de su fallecimiento

Lo primero que uno advertía en él era su corpulencia física, o dicho de otra manera, su gordura —¡cómo disfrutaba la comida y la bebida!—. Ibargüengoitia, sin embargo, era un hombre sencillo, antisolemne, que expresaba lo que sentía sin rodeos. Hablaba como escribía y escribía como hablaba, y en todo era espontáneo, pausado, gesticulador. Eso sí, detrás de las palabras y del tono tranquilo de su voz, detrás de esos ojos saltones con párpados a media asta, qué lúcido, agudo e insobornable era.

La primera reacción frente a sus artículos periodísticos —que nos ha recuperado Guillermo Sheridan en magníficos volúmenes antológicos— siempre era soltar la carcajada; pero por supuesto, luego venía la reflexión, porque no se trataba solamente de hacer reír, sino de desnudar la realidad, de trivializar en anécdotas aparentemente absurdas lo trascendente, de poner en evidencia una serie de cuestiones significativas. Como dice José de la Colina: “de penetrar en el desilusionante pero a la vez divertido juego del mundo, ridiculizando la solemnidad de nuestra vida diaria”.

El mismo desenfado y naturalidad para contar que se refleja en sus artículos y cuentos, aparece en sus novelas, las únicas que se atreven a desacralizar a los héroes nacionales, describiéndolos en carne y hueso, siempre bajo esa doble perspectiva desmitificadora y humorística, lúdica y crítica que confiere a su obra toda un carácter tan singular.

Efectivamente, Ibargüengoitia es un autor único; cuando todos respetan y veneran la Revolución mexicana, él escribe un libro, *Los relámpagos de agosto*, en el que la caricaturiza, parodia otros libros y ofrece el relato más creíble de un trágico episodio histórico; cuando todos publican novelas de grave denuncia sobre las dictaduras que ha padecido América Latina, él concibe una deliciosa farsa, *Maten al León*, en la que los héroes son tan ridículos como sus enemigos; en un medio donde

se venera tanto el intelectualismo, Ibargüengoitia escribe *Estas ruinas que ves*, y varios cuentos, *La ley de Herodes*, en los que continuamente se burla de sí mismo, y se retrata torpe, tonto, pobre, anti-intelectual; donde otros hubieran atizado el morbo de una gran masa de lectores, sobre un hecho sórdido, cruel y abominable tomado de la crónica roja de la prensa nacional, el guanajuatense escribe una novela basada en un hecho real, indignante sí, pero narrado con tal frescura, naturalidad y perfección, sin pretender dar lecciones de moral, que la convierte en una obra maestra de la narrativa contemporánea: *Las muertas*; cuando cualquiera hubiera escrito un texto sociologizante, “denso”, o una pésima novela policiaca, él presenta el divertido espectáculo de dos criminales que no entienden que lo que hacen es criminal: *Dos crímenes*; y finalmente, en lugar de sublimar a los héroes de la Independencia nacional, los baja de su pedestal y sin armar demasiado escándalo, pero sí soltando la frase oportuna como quien no quiere la cosa, nos relata el episodio más importante de nuestra historia patria, *Los pasos de López*, en la forma más espontánea, divertida y antisollemne.

Ibargüengoitia, pues, constituye un caso insólito en la literatura mexicana. Como señala Gabriel Zaid, “no escribió *El Quijote*, pero sí varias novelas ejemplares” y algunos cuentos y artículos periodísticos tan divertidos como los entremeses cervantinos.

Jorge Ibargüengoitia es quizá el único escritor verdaderamente humorista de la literatura mexicana contemporánea, no obstante que rechazara con frecuencia esa “pinche etiquetita de humorista”, como él decía.

Desde luego, no es el escritor cómico que cuenta chistes para hacer reír, es un escritor con sentido del humor, que es muy diferente. Ibargüengoitia tiene ese “don”, esa cualidad, que hace que al escribir aparezca espontáneamente, con toda naturalidad, ese tono humorista, no por pura casualidad, sino por la visión y actitud que tiene ante la vida y la realidad, presente o pretérita.

El humorismo de Ibargüengoitia es desmitificador, desenmascara y desnuda, pero sin odio, sin rencor. Emplea la crítica y la ironía como

JAIME CASTAÑEDA ITURBIDE

ingredientes básicos; sin embargo, predomina en él su espíritu lúdico. “Jorge era un hombre fundamentalmente alegre, llevaba un sol adentro”, así lo describe su esposa Joy Laville.

En sus textos, el guanajuatense se vale de la parodia y la caricatura, pero su humorismo supera la fácil barrera de lo cómico, logrando un auténtico divertimento literario. Otra cualidad que le reconocemos es que no emite juicios de valor, ni pretende dar lecciones de moral, simplemente interpreta la realidad como él la ve, sin concesiones ni disimulos, como cuando saboreaba un *Herradura reposado* o degustaba un huachinango a la veracruzana.